

Paraguay: Un país hipotecado

Joel Atilio Cazal

Joel Atilio Cazal: Periodista paraguayo. Director de la revista KO' EYU Latinoamericano.

Con el golpe de estado del general Alfredo Stroessnel el 4 de mayo de 1954, para asumir el gobierno el 15 de agosto de ese mismo año - en el clima propicio de la guerra fría promovido por EE.UU - se inició en Paraguay una sangrienta represión y una descarada penetración, por agentes de la dictadura, en las direcciones de los sindicatos y las organizaciones políticas. Paralelamente se inició también la era de la entrega de las principales riquezas del país a las grandes empresas extranjeras, en especial norteamericanas. En una palabra, la era de la corrupción oficializada. Sin embargo, la mayoría de los resúmenes anuales económicos elaborados por organismos financieros como el Banco Mundial, al referirse al Paraguay lo señalan como un país con "alta estabilidad política", lo que en el idioma de las finanzas significa terreno seguro para el capital extranjero.

Desde hace tres décadas estas características acompañan a Paraguay, un país donde el 64 por ciento de la población - calculada en 3 millones 400 mil habitantes - está formada por campesinos, desposeídos en su mayoría o que, en el mejor de los casos, poseen un pequeño pedazo de tierra que apenas les permite satisfacer sus necesidades mínimas.

La falta de atención médica, escasa alimentación y viviendas inadecuadas son el común denominador de la situación de ese sector, para el cual la miseria ha sobrepasado ya los límites tolerables.

"Hay familias que por generaciones ni siquiera han visto el color del dinero, la casi totalidad de los campesinos no utiliza fertilizantes y el 20 por ciento de ellos desconoce todavía el lujo del arado de hierro", escribió hace algún tiempo el economista francés André Sosson.

Más del 50 por ciento de la población agraria está excluida de toda posibilidad crediticia, lo que le impide obtener moderna tecnología y le obliga a una producción de subsistencia con instrumentos arcaicos e inadecuados que deriva en bajos rendimientos y escasos ingresos.

Los obreros agrícolas tienen que vender su fuerza de trabajo durante 12 o más horas al día por un jornal equivalente a 1 dólar.

UN PAIS OCUPADO

Para Alfredo Stroessner, anciano dictador de 73 años, la situación campesina es un problema secundario. Primero figuran los intereses de su familia, de sus amigos y colaboradores y, especialmente, los de las empresas extranjeras.

Stroessner ha vendido Paraguay al capital foráneo, convirtiéndolo en la nación que posee mayor porcentaje de tierras acaparadas por un puñado de familias extranjeras y nativas. Datos de la FAO indican que 25 grandes terratenientes, entre ellos varias transnacionales, poseen el 32 por ciento del territorio paraguayo.

Estadísticas de la CEPAL revelaron hace un tiempo que 1.552 propietarios y grandes empresas no paraguayas ocupaban 31 millones 500 mil hectáreas de tierra, mientras que 25 mil familias campesinas disponían de sólo medio millón de hectáreas.

Empresas extranjeras como la argentina Carlos Cassado Ltda. y la compañía inglesa Industrial Paraguaya, poseen juntas terrenos equivalentes a la superficie de la República Dominicana.

Las grandes corporaciones transnacionales: American Coffee Corporation, Compañía Prados Verdes, Gagra Paraguaya y Atlantic Development Group for Latin America, ocupan en total cerca de tres millones de hectáreas de tierra.

Las firmas brasileñas America S.A. Karapá y Antabi han establecido también grandes latifundios con la posesión de 100 mil, 80 mil y 300 mil hectáreas, respectivamente.

La empresa petrolera Standard Oil de Nueva Jersey es usufructuaria de una concesión de 6 millones de hectáreas y dispone de policía y sistemas administrativos propios, pues se rige por las leyes del estado de California de los EE.UU, mientras la Empresa Anderson Clayton, que controla casi la totalidad de la cosecha algodonaera paraguaya, ha declarado que por cada dólar invertido obtiene cuatro de ganancias.

REPRESIÓN Y MUERTE EN EL AGRO

Pese a estos ejemplos, el jefe del régimen paraguayo pregona abiertamente el éxito de su muy peculiar "reforma agraria" ante el aumento del número de propietarios.

Por supuesto que esa política de entrega de tierras es muy selectiva. Favorece a empresas como la Gulf and Western, norteamericana, que compró más de 70 mil hectáreas en el Alto Paraná, y a funcionarios como Juan Manuel Frutos, titular del Instituto de Bienestar Rural y presidente de la Liga Internacional Anticomunista, quien posee cinco latifundios ganaderos.

Las justas demandas de los hombres del campo paraguayos sólo encuentran por respuesta una despiadada represión, como ocurrió en los primeros días de agosto en la zona del Alto Paraná donde 5.000 familias campesinas se hallan en situación alarmante y, a raíz de esto, se han generalizado las ocupaciones de tierra en por lo menos 15 localidades.

Alegando la presencia de organizaciones ajenas a los campesinos "de inspiración comunista y subversiva", el ejército y la policía del dictador lanzaron una represión despiadada, quedando como saldo trágico cientos de ranchos incendiados, numerosas campesinas violadas, niños maltratados, campesinos apresados y torturados.

La acción gubernamental dirigida a impedir que el descontento campesino salga a la luz, no ha evitado que este mayoritario sector paraguayo continúe exigiendo sus derechos.

Mes tras mes, las protestas se suceden en distintos puntos del país. Los campesinos exigen el derecho a la tierra que trabajan y denuncian los arbitrarios desalojos de que son objeto por organismos policiales y militares.

Paralelamente, los cables señalan que "un marcado silencio de la oposición se notó en relación con las tres décadas en el poder que cumple Stroessner". Es que la dictadura de Stroessner ha entrado en una crisis de la cual no puede salir, agudizada con la oposición hasta de sectores de la burguesía nacional. De ahí el cierre del diario ABC Color , cuyo propietario, Aldo Zucolillo, fue gran defensor de Stroessner en otro tiempo. Y ese marcado silencio de la oposición del cual habla la noticia no es casual, ya que esa "oposición" ha pasado a alimentar sus veleidades de poder, hablando de "diálogo" con las fuerzas armadas, incluso anunciando su apoyo a cualquier candidato stronista - militar o civil - ante un eventual alejamiento del dic-

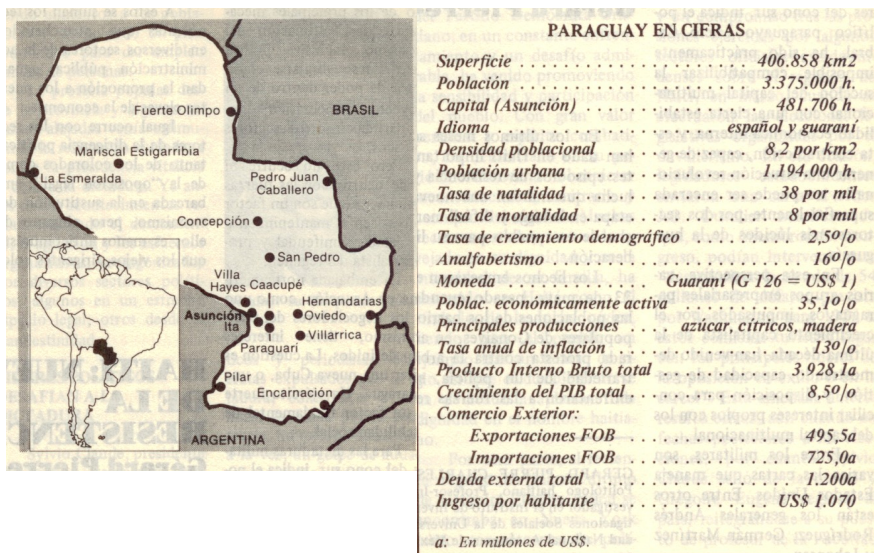
tador. Argumentan que hay que "apoyar toda apertura, toda oportunidad que se presente para abrir cauce a la democratización".

LA "OPOSICIÓN" ROMPE EL SILENCIO

De esta manera, está en marcha el post-stronismo, y sin ninguna duda la reestructuración del ejército se inscribe en el marco de negociaciones entre empresarios, militares, tecnócratas y dirigentes políticos.

Sin embargo, no se puede confundir la crisis de la dictadura de Stroessner, con la crisis de las fuerzas armadas, que si bien existe por sus contradicciones internas, está en proceso de recomposición, que significa mayor consolidación por parte del aparato militar del Estado.

Hasta el mismo Partido Colorado soporta una crisis inmensamente mayor como uno de los principales mecanismos de legitimación del stronismo, inclusive podría llegar a resquebrajarse como factor de poder dentro de un proyecto "democrática" donde participen otros sectores políticos.



Pero esto no ocurre ni puede ocurrir con las fuerzas armadas, ya que son un factor decisivo en el mantenimiento del estado semifeudal y proimperialista del régimen.

La embajada norteamericana en Asunción, como uno de los negociadores del poststronismo, tiene intereses bien definidos. La cuestión es evitar una nueva Cuba, o una Nicaragua. Un ejército fuerte es un factor fundamental de estabilidad social.

Para las dictaduras militares del cono sur, indica el político paraguayo Lucio Cabral, ha sido prácticamente imposible compatibilizar la succión del capital multinacional con una cierta estabilidad económica interna, y esta contradicción, capaz de generar una situación revolucionaria, no puede ser encarada superficialmente por los sectores más lúcidos de la burguesía.

En esta perspectiva, varios grupos empresariales paraguayos, impulsados por el crecimiento capitalista de la última década, han venido demostrando capacidad de gestión, y disposición para conciliar intereses propios con los del capital multinacional.

Entre los militares, son varias las cartas que maneja Estados Unidos. Entre otros están los generales Andrés Rodríguez, Germán Martínez y Johansen.

A éstos se suman los tecnócratas que, atrincherados en diversos sectores de la administración pública, aguardan la promoción a los puestos claves de la economía.

Igual ocurre con los sectores de la dirigencia política, tanto de los colorados como de la "oposición legal", embarcada en la sustitución del stronismo, pero ninguno de ellos es menos anticomunista que los viejos dirigentes colorados, sino mejor preparados para las nuevas exigencias de la manipulación política de las masas.

La democracia a la cual aspira el pueblo paraguayo no es la que allí se va a repartir, sino la que tiene que ganarse, vertebrando una estrategia propia, sin descuidar la coyuntura, con una fuerza propia que permita resolver el trasfondo de todas las cuestiones: el cambio de sistema.